

HISTORICIDAD Y SISTEMATICIDAD DE LA FILOSOFÍA

I

El objeto de un comentario sobre la historicidad de la filosofía es intentar un enfoque preliminar de sus problemas, realizado de análoga manera a como un fotógrafo necesita afocar su cámara antes de tomar la instantánea. Esto permite ver con claridad cuál es el panorama general de la materia, en qué se parece y se distingue de los demás conocimientos, y dar una referencia evolutiva en torno a la especialización que el saber adquiere por virtud de su desarrollo. Se concluirá de ahí que el conocimiento filosófico está fundado en la universalidad del saber, canalizada en varias direcciones.

Lo primero a saber es desde cuándo hay filosofía. Y como ésta surge con el problema de la cultura, existe filosofía desde que hay cultura, y la cultura principia en una remota antigüedad. La preocupación del hombre tenía originalmente dos aspectos: el que atañe a las necesidades inmediatas de la vida diaria y el que se refiere a cuestiones tan generales que resultaban casi indeterminadas; formas opuestas, por así decirlo, que obedecen, aquélla, al hecho práctico de la vida, y ésta, a la cuestión general de la existencia.

El hombre primitivo tenía ya preocupaciones de carácter general; con más razón puede ello afirmarse de la cultura que se produjo ulteriormente. Los historiadores hacen arrancar la evolución cultural desde aproximadamente setenta siglos, es decir, unos cinco mil años antes de la era cristiana. De tal época datan los primeros hechos de la egiptología, anteriores al apogeo de la civilización que corresponde a los pueblos chino, judío, persa, babilónico, y finalmente el griego, cuya madurez adviene aproximadamente en el siglo VII a. c. Pensadores de relieve plantearon los temas de la humanidad en forma mística o religiosa, ya fuera difundiendo verbalmente una doctrina o escribiendo obras y exponiendo pensamientos que todavía en la actualidad se estiman con respeto.

Para comparar la sabiduría humana en general con el pensamiento filosófico, vamos a tomar su paralelo histórico, entendiendo por tal a su mutua evolución en el tiempo. Dividimos la historia del pensamiento en dos grandes épocas. La primera corresponde a la *época prefilosófica*; principia en el albor de la vida cultural y llega hasta el siglo VII a. c., cuando los griegos instauran, sobre bases objetivas, la verdadera filosofía. La segunda es la *época filosófica* propiamente dicha; comprende desde el siglo VII a. c. hasta nuestros días.

Principiaremos con la época prefilosófica que corresponde a la "sabiduría

antigua”, producida en dos aspectos. El primero está dado por la observación inmediata del mundo que rodea al hombre primitivo, y limita su alcance a la aplicación que pueda tener en la vida práctica. El segundo es, en cierta forma, lo contrario, toda vez que no consiste en observaciones inmediatas y aplicadas, sino en suposiciones rudimentarias que pueden calificarse de creencias y aun de supercherías, con muy escasa o nula aplicación a la realidad.

Así produjéronse los dos factores de la vida en esa época, tan extendida en el tiempo, que hemos llamado “prefilosófica”. El aspecto concreto, que responde a las necesidades del momento, se halla junto al mundo de las ideas rudimentarias que elabora el hombre por efecto de la admiración y el temor que le inspira la manifestación prepotente del mundo.

El saber comienza a evolucionar en el momento que sus extremos tratan de acercarse, de manera que las ideas iluminan el campo de la realidad, y recíprocamente, la realidad brinda al pensamiento el material de sus problemas, despertando la gran preocupación que había de ser el origen de la ciencia y de la filosofía.

Este criterio es utilísima pauta para el estudio de la última, pues cada una de sus direcciones gira en torno a la necesidad de vincular al pensamiento con la realidad. Aún más, el progreso del filosofar puede medirse en el grado que dicha relación se verifica. Por ello, la filosofía, y el saber en general, despuntan con el alba del pensamiento que se vierte en el mundo externo, con la comunicación entre el espíritu y el mundo exterior, el hombre y la naturaleza, el Yo y el no-Yo.

Históricamente hablando, la filosofía tiene antecedentes en la primera gran civilización egipcia; coincide con la aurora cultural que ilumina la selecta inspiración de los pueblos orientales. No es una mera relación la que hay entre filosofía y cultura, sino verdadera comunión. El sabio conoce de ciencia, política, astronomía, matemáticas, religión, etc., y en él mismo se encuentra la “filosofía” como reunión de un conocimiento abigarrado, que se expresa esporádicamente en máximas y sentencias.

El comienzo del filosofar está constituido por un conjunto de apotegmas generales. Igual vale esto para persas y caldeos, asirios y babilonios, chinos hindúes y egipcios; la cultura de estos últimos es la que mayor influencia tuvo en el mundo occidental; a través de personalidades y sectas relevantes, transmitió una aportación que Grecia hubo de aprovechar asimilando y superando sus mejores frutos. Ciertas doctrinas del antiguo Oriente aún se cultivan y veneran. El mérito de su sabiduría radica en la cuestión eterna y universal de lo humano, que define la clásica aspiración del saber; no igualmente en la solución —vulnerable desde varios ángulos— que da a sus respectivos problemas. La antigüedad helena es el germen del espíritu occidental, porque en ella se define la dirección por donde evolucionan las formas de la vida moderna. Aún en la actualidad no se han descubierto cuestiones que des-

alojen el planteamiento original hacia una temática radicalmente distinta; el desarrollo de la civilización ha consistido en un esfuerzo permanente por responder a la fórmula clásica de la antigüedad, lo cual no significa que la cultura posterior no llegase a ningún rendimiento positivo. Después de oscilar entre los dos polos igualmente infecundos, el de la creencia abstracta y mágica, y el del dato inmediato de la experiencia, fue avanzando en la determinación objetiva de la vida por medio del acercamiento que logró al plano de la realidad concreta. De ahí surgieron la cultura y la civilización; aquélla, como un conjunto de disciplinas cuyo fin es el cultivo del espíritu; ésta como la aplicación del saber al nivel pragmático de la realidad. La primera busca el mejoramiento humano; la segunda, el dominio de la naturaleza. Esta aprovecha sus elementos materiales y aquélla procura el bienestar espiritual de la especie.

La meta inicial del saber primitivo no es propiamente la filosofía; por ello se requieren siglos de cultura antes que emerja la idea de una reflexión capaz de convertirse en auténtico filosofar.

Aunque la cultura antigua había reunido una apreciable cantidad de conocimientos, fue la civilización griega la que obtuvo el primer gran fruto de madurez espiritual, revelando un nuevo estado de inquietudes objetivas que produjeron la actitud distinta frente a la vida, fundada en un sentimiento de libertad que llevó a la independencia del hombre, no sólo ante el embate de la naturaleza, que tanto le había subyugado, sino frente al hombre mismo, y aun al Dios o los dioses cuya intuición omnímoda había llegado a empujarse su espíritu. Era forzoso que la humanidad lograra hablarse de tú con Dios, pero antes debió concebirlo con toda magnificencia e inconmensurable bondad, produciendo un gran caudal de pensamientos místicos que convirtió en tradición secular. Debíó, ulteriormente, dirigir la mirada hacia dentro, ver en sí mismo y descubrir un fuego sagrado que lo hacía no únicamente digno hijo de Dios, sino el más digno partícipe, con Él, de la grandiosidad cósmica de la naturaleza.

La característica principal del pensamiento antiguo, la más saliente desde un criterio extrínseco a la doctrina propiamente dicha, es que el "filósofo" (en cualquiera de sus aspectos como hombre público, moralista, científico o religioso) no tiene una personalidad radicalmente propia, una silueta que destaque sobre la tradición y aun contraste con ella. Por el contrario, la tradición misma predomina sobre la personalidad y la incorpora hasta fundir el perfil individual en el desenvolvimiento de las tradiciones que constituyen el patrimonio del pueblo, donde sus predicadores han de ser comprendidos por la posteridad. El papel que el hombre desempeña en la historia de la "filosofía" antigua, consiste fundamentalmente en rematar el desarrollo de la tradición, partiendo del acervo dado antes, para reunirlo con una recopilación de opiniones y fragmentos que contienen su historia. El hecho de acompañar

la prédica al ejemplo, la teoría a la práctica, es un factor que permite aquilatar la valía del carácter individual, pero no deja brillar a la personalidad en el modo como sucedió con la filosofía griega, fruto de una rebelde y vigorosa reacción que opone lo nuevo a lo tradicional y formula el principio de la autoconciencia, que va más allá de lo dado en la experiencia para señalar un horizonte que define al espíritu como superación del mero reflejo del mundo. La cultura antigua no dio oportunidad al desarrollo de la mentalidad iconoclasta, y por ello no se ve enriquecida por el choque de opiniones —como sucede a partir de los griegos—, sino, cuando mucho, con algún viraje en el derrotero de la tradición. Hay siempre un elemento histórico-sociológico de inconfundible matiz local que impele a este tipo de situaciones; las doctrinas llegan a culminar en la vida y la obra de un personaje, como mezcla de ciencia, religión y filosofía, elementos diversos que amalgaman por la indiferenciación existente en el primitivo concepto del saber. Los “sistemas” parten de la tradición y recopilan opiniones representativas que anteceden y siguen al personaje, cuyo nombre designa a la tradición misma considerada como doctrina unitaria. Pero éste no es un “autor” a la manera de Platón o Aristóteles; no es una “firma” de responsabilidad. Es el depositario de la tradición secular que responde y corresponde a la vida de un pueblo.

En la filosofía griega ha de encontrarse todavía un ejemplo de este tipo: Pitágoras. En él tiene lugar la formación de una escuela como doctrina filosófico-religiosa. No se sabe a ciencia cierta qué de su pensamiento le es propio y qué pertenece a sus discípulos; aún más, no se aclara completamente su presencia individual, que se funde con la Secta Pitagórica, integrada y evolucionada a través de mucho tiempo, y para la cual Pitágoras representa más que un creador, un símbolo. Es la eminencia de la comunidad, pero de ningún modo una fuerza aislada o antagónica a la tradición, como habría de suceder más tarde. No es mera coincidencia que la filosofía de Pitágoras conserve una raíz oriental, ni tampoco que su rutina de trabajo se haya planeado a la manera antigua, si bien que, por su contenido, el pitagorismo sea una doctrina que pertenece a los griegos y refleja en gran medida el ideal de su primera etapa. Sin embargo, ello no es obstáculo para que, por su organización y sistema de actividades, pudiera incluirse en las sectas del antiguo Oriente. El pitagorismo no es el único ejemplo que puede citarse como prolongación del espíritu oriental en la vida griega, pero sí el más importante y representativo.

En cierto modo, Platón continúa la tradición orientalista en la formación de una escuela filosófica; pero es sólo un efecto de inercia y no de contenido, de forma y no de substancia intelectual. El espíritu de Platón es suficientemente diverso del pitagorismo para no apreciarlo con igual medida, a pesar del matiz oriental que existe y persiste en Platón. Ya Aristóteles representa la diafanidad absoluta de una idea racional, el apego firme a la naturaleza y

la afirmación radical de una personalidad. Por ello ciframos en él la representación filosófica más auténtica del espíritu griego, el momento en que la cultura abandona su antiguo cauce para llegar al nuevo sendero que recorrió después de múltiples intentos de objetivación; fue el sendero de la racionalidad, que en el gran filósofo de Estagira encuentra definitiva carta de ciudadanía.

Por todo ello, el concepto de filosofía no puede aplicarse de igual manera al saber de las viejas culturas particularistas que a la reflexión objetiva de Occidente. De ahí la costumbre de iniciar su estudio en los griegos, considerándola como algo distinto a la sabiduría oriental, aunque ésta se haya referido también, con su proyección peculiar, al interrogante universal que ha inquietado siempre, profundamente, al ser humano.

La causa de tal distinción es la siguiente: la cultura antigua era de índole principalmente religiosa, y la religión fue un patrimonio de cada pueblo, un producto del espíritu racial, dado como un mensaje específico en las culturas; fue imposible derivar de ahí una doctrina aplicable a toda la humanidad, una verdadera filosofía dedicada al hombre sin distinción de raza ni época, una norma de acción que estuviera más allá de toda diferencia y contingencia humana. El hecho de que las ideas orientales fuera auténticamente universal para la humanidad, como ha sido el anhelo clásico del filosofar. La religión dio origen a una ideología especial en cada pueblo, y cada uno creyó, en la cumbre de su civilización, que cualquier otro era inferior a él, fundamentalmente por tener distintos dioses y diversa tradición. Ahora bien, la auténtica universalidad es la universalidad de lo humano, basada en un principio indiscriminablemente aplicable a todos los hombres. Frente a la noble y justificada pretensión de humanidad, la naturaleza del pensamiento oriental fue insuficiente para considerarla como verdadera filosofía.

Otra diferencia radical puede encontrarse en el método, o lo que equivale, en la forma de reflexionar. El núcleo religioso de las viejas culturas originó una teocracia en las formas de vida, incluyendo al pensamiento mismo. La historia prueba la dependencia que hubo en aquellas culturas con respecto del elemento religioso. El pensar quedó incluido en la tradición, que a su vez se convirtió en texto sagrado, imbuido por fe e impuesto por la autoridad del sacerdote. Por todo ello, la reflexión oriental no llegó a tener la universalidad que más tarde adquirió el pensamiento filosófico de Occidente.

Los griegos se apartaron del antiguo cauce, superando el sistema teórico para dar a la religión un carácter humano; la autoridad religiosa, como vehículo de conocimiento, fue también trascendida por el libre ejercicio de la razón. Para los griegos, el conocimiento debía valer cuando fuese verificado racionalmente; el problema de la filosofía se refirió, desde entonces, al mundo, a la naturaleza, a la vida, agregando la crítica del conocimiento. Ahora bien, la cuestión de Dios, del alma o del "más allá", se trata con referencia al

hombre que vive y actúa en este mundo, apoyado y vulnerado por un criterio de autonomía y objetividad.

Hay que subrayar el hecho de que los griegos otorgaban a la razón una completa soberanía, considerándola capaz de formar conocimientos sin el concurso de la autoridad ni la tradición religiosa. Semejante libertad ha llegado a ser autonomía, lo que significa tanto como libertad para gobernarse a sí mismo. Con ella se logró una auténtica universalidad espiritual; la cultura se apoyó firmemente en su base de libertad y a la autonomía del hombre correspondió la autonomía del filosofar.

Contemplando en detalle los sistemas filosóficos, se observa que muchos pensamientos de la cultura griega están ampliamente superados, si se miran desde un moderno y riguroso punto de vista. Es tal el destino de todo hecho histórico. Mas contienen el valor del postulado libre y autónomo, creado en la admirable gesta de la libertad racional que distinguió clásicamente al espíritu helénico. El libre ejercicio de la razón produjo la filosofía, esfumando aquella división marcada por la religiosidad particularista en los pueblos de la antigüedad. Ya no fue el mensaje que un chino dirigía a los chinos, o que un hindú dirigía a los hindúes; se convirtió en base de la gran cultura que es patrimonio de la humanidad. Con los griegos, el filosofar debutó objetivamente en la historia, en una historia cultural no interrumpida por el paso de un pueblo a otro, como aconteció en la era prefilosófica, sino al contrario, reforzada siempre por el nuevo y más profundo tema que hubo de tratarse exclusivamente con la facultad de la razón: la libertad del espíritu.

De allí que, el origen de la filosofía esté ubicado a partir de los griegos, cuando se produce la continuidad de pensamiento y método a través de los sistemas. Consecuencia: el examen de los sistemas filosóficos principia habitualmente en la época griega.

El pensamiento de Oriente fue religioso porque toda su cultura lo fue también; la filosofía griega fue autónoma porque las instituciones culturales de Grecia anhelaban la autonomía. Así quedó planteado este hecho: *la filosofía es expresión del hombre y está íntimamente ligada al carácter de su cultura, según la época y el lugar en que se origina.*

Al trascender las primeras civilizaciones para llegar al pensamiento filosófico de los griegos y estudiar las circunstancias que lo rodean, se puede, al mismo tiempo, bosquejar un esquema histórico de la filosofía, observando en cada caso un acontecimiento cuya repercusión alteró el derrotero de la evolución histórica; el examen comprueba que el desarrollo filosófico está ligado al hecho general de la cultura. Baste con señalar el extremo de cada período para indicar la analogía de carácter que tuvo con relación a su forma general de vida.

La historia de la filosofía se divide clásicamente en siete períodos, que abarcan desde el siglo VII a. c. hasta nuestros días. La división queda hecha

según acontecimientos que provocan un cambio en la historia de la humanidad, de tal manera que no sólo divide al filosofar, sino en general a “nuestra historia”.

I.—El primer período corresponde a la *Filosofía Griega*, y abarca aproximadamente del año 600 hasta el 350, a. c. En este lapso tiene lugar el apogeo de la cultura helena, extraordinariamente pródiga en todas sus manifestaciones. El arte, la ciencia, la política, el pensamiento histórico y, desde luego, la filosofía, tuvieron gran auge, al punto que es difícil encontrar actualmente un solo tema que no hubiera planteado aquélla; a esto se debe la profunda veneración que la posteridad le ha tributado, considerándola creadora del espíritu occidental. El filosofar se desarrolló en todos sus aspectos y a la fecha no existe un problema general que no tenga antecedente e inspiración en sus meditaciones que definieron la gran temática de la humanidad que se sigue investigando todavía. El final de la cultura griega se marca a la formación del Imperio Macedonio.

II.—El segundo período se conoce como *Filosofía Helenístico-Romana* y corresponde a la proyección y difusión cultural de Grecia sobre otras naciones, principalmente Roma, que la conquistó políticamente, pero se dejó conquistar por ella en lo espiritual. La realidad histórica que limita este período es, por una parte, la señalada formación del Imperio Macedonio, a partir del 350 a. c., y por la otra, la consolidación del cristianismo en el 330 de nuestra era, con la decadencia del Imperio Romano. En este lapso florecen de modo sobresaliente el derecho y las instituciones políticas, que fueron base del Romano, así como una profunda conciencia religiosa que llegó a culminar en el triunfo del cristianismo. El sentido de la filosofía deriva de ese espíritu práctico; cambia el carácter teorizante que distingue a las doctrinas griegas para convertirse en una disciplina concreta con dos matices, el ético-político y el místico-religioso, en correspondencia con los motivos culturales que predominaban a la sazón.

III.—El derrumbe del Imperio Romano marca el principio de la Edad Media y con él, del tercer período, la *Filosofía Medieval*, cuya larga duración toca hasta el siglo xiv; es decir, comprende un milenio. La Edad Media produjo una cultura fundamentalmente religiosa y en ella evoluciona el cristianismo, convertido en Iglesia Católica, para constituir el más importante nervio del Medievo. Paralelamente a ella, la filosofía propende a la teología e incuba los sistemas místicos y religiosos del catolicismo. Es muy difícil localizar en toda la época algún pensador importante alejado del núcleo eclesiástico. La filosofía medieval permanece aún como modelo del sistema teológico y filosófico de la religión católica. La toma de Constantinopla, en 1452, marca el fin de este período.

IV.—El cuarto corresponde al Renacimiento y coincide con el espíritu cultural que sucede a la Edad Media. Se le conoce como *Filosofía del Rena-*

cimiento; abarca desde el 1453 hasta el 1600, cuando terminan las Guerras de Religión en Europa Central. El Renacimiento hace prosperar extraordinariamente el arte y la ciencia, restaura las humanidades y trata de resucitar el espíritu griego. Los filósofos son también hombres de ciencia, humanistas e historiadores; la filosofía recobra con ellos su antiguo carácter de reflexión totalizante, proyectándose nuevamente en la gama de instituciones reales que forman su eje medular.

V.—Un fruto del Renacimiento es el período conocido como Ilustración o “Época de las Luces”, llamado así por el libre empleo de la razón, instituido como método para “iluminar” o “arrojar luz” en el problema del saber. La filosofía de entonces es *Filosofía de la Ilustración*. Su carácter fundamental es la racionalidad, postulada con el deseo de revelar al entendimiento humano de la Ilustración manifiesta el influjo del espíritu iluminista en la política, inspirando a la monarquía reinante en potencias como Francia, Rusia, Austria, Prusia e Inglaterra, cuyo gobierno tuvo el régimen tan justamente conocido como “Despotismo Ilustrado”.

VI.—La Ilustración culmina en el apogeo del Imperio Prusiano, bajo la égida de Federico el Grande; también en 1789, año de la Revolución Francesa, que es producto del ideal iluminista. El foco de la filosofía se traslada de Francia a Alemania, donde se genera un movimiento cultural y especialmente filosófico, que por su esplendor puede compararse al de los griegos. En él recobra la filosofía el derecho de intervenir en cada problema de la cultura, produciendo un torrente de creación que vino a cambiar completamente el antiguo panorama. Tal período se conoce como el *Idealismo Alemán*; abarca del citado 1789 hasta el 1848, cuando Europa fue sacudida, políticamente, por la Revolución Socialista, y, culturalmente, por la doctrina del materialismo, que surgió al amparo del prodigioso adelanto de la ciencia experimental.

VII.—Por último, desde mediados del siglo XIX da principio el séptimo período, genéricamente llamado *Filosofía Contemporánea*, correspondiendo a la Edad Contemporánea que consideran los historiadores en el mismo lapso. De una manera estricta se denomina *Filosofía Contemporánea* la producción elaborada de unos treinta años a la fecha. Ahora bien, esta filosofía se caracteriza por un sentido antropológico y su problema fundamental es el hombre. También va de acuerdo en ello con el espíritu de nuestro tiempo, reflejado en la maduración de ciencias como la psicología, la antropología, etc., que tratan diferentes aspectos de la vida humana. *Nuestra filosofía* llega a desembocar en una antropología filosófica.

Con esta brevísima ojeada en la historia se comprueba el estrecho paralelismo que mantiene la filosofía con la evolución general de la humanidad. El acontecimiento que marca el límite de cada período ha sido el más importante en su época y produjo un definitivo impacto en los órdenes positivos de la existencia. Llevando dicho examen a mayor profundidad se ve que

cada período puede dividirse en otros subperíodos, cada uno de los cuales se halla igualmente limitado por un hecho histórico importante. El estudio que compara en detalle el desarrollo de la filosofía con el de la cultura, manifiesta una doble circunstancia que será nuestra conclusión inmediata: la analogía que exhiben las direcciones filosóficas hacia el ambiente en que se desenvuelven; dicha analogía no es casual, sino el maduro fruto de la correlación orgánicamente establecida entre filosofía y cultura, que se mantiene fundamentalmente incólume a través de sus etapas de sucesión histórica; en ella se puede entender por qué la filosofía no es lujo intelectual, sino la condenación sistemática del anhelo que anima a cada momento de la vida humana. La preocupación que debe servir de faro orientador es captar el recíproco influjo de filosofía y cultura; la meta a que debe aspirar es la concepción de cada sistema como un reflejo del espíritu histórico. De todo ello se comprenderá el verdadero papel que tiene el filosofar como guía indispensable e insustituible en la vida del hombre.

II

El primer enfoque en la filosofía llega a situarla en la evolución general de la historia. Conclusión: cada uno de los períodos que se consideran en ella corresponde al carácter general de su época. Tal es el *concepto histórico* de la filosofía.

Penetraremos en ella desde otro punto de vista, que designamos como *concepto sistemático*. A diferencia de aquél, no revela una sucesión de etapas, sino el carácter general de la filosofía; descubre lo permanente en ella, verificando otro tipo de incursión en el hecho mismo del filosofar. El análisis sistemático muestra una estructura que sostiene la arquitectónica fundamental, análogamente a como el armazón de acero mantiene la construcción de un edificio. Y así como el arquitecto principia con la estructura para acabar en los detalles de la obra, la integración filosófica se determina a partir de una estructura que tiene forma propia y da al edificio su solidez que depende de la estabilidad de aquélla. La estructura es el hilo conductor de la reflexión, y está dado por el esquema formal que integran un conjunto de elementos a cuyo alrededor se agrupan direcciones y sistemas. Manteniendo esta secuencia se llega al concepto sistemático que intentamos.

Temas, problemas, método y sistema

Sabido es que el problema filosófico tiende a la determinación universal de la existencia; mas un problema como éste requiere de un amplio sistema doctrinario para quedar resuelto, o cuando menos, objetivamente planteado. Sería imposible abordar en una sola reflexión el panorama del conocimiento, del mundo, de la naturaleza, de la vida humana; de allí que el pensar, según

hemos dicho, se especialice en varias direcciones, dando origen a los problemas y disciplinas que hay en ellas.

Las disciplinas filosóficas figuran prácticamente en todos los sistemas; por lo menos las fundamentales, que se adoptan en cada corriente de significación. Hay siempre algún tema clásico; el tema es el planteamiento general en todos los sistemas, si bien cada uno adopta diferente formulación. Los temas han sido los mismos y dan lugar a las disciplinas filosóficas fundamentales, que parten, respectivamente, de una pregunta básica: *a)* ¿Qué es el ser en general?: Ontología. *b)* ¿Qué es el ser de la naturaleza?: Metafísica. *c)* ¿Qué es el pensamiento de la ciencia?: Lógica. *d)* ¿Qué es la voluntad moral?: Ética. *e)* ¿Qué es el sentimiento artístico?: Estética. *f)* ¿Qué sentido tiene la religión?: Filosofía de la religión. *g)* ¿Cómo evoluciona la humanidad?: Filosofía de la historia. Los sistemas abordan, cada uno a su modo, las preguntas que acabamos de formular, quedando su desarrollo en las direcciones correspondientes. Con independencia de este hecho —que se refiere a los problemas concretos— el tema general es básicamente el mismo en cada disciplina. Por ello, las diversas corrientes mantienen una temática común, pero se distinguen por el problema, el método y la sistematización.

La diferencia entre un problema y un tema es que el tema permanece constante, mientras que el problema varía en cada doctrina. El problema es la forma específica de plantear un tema. La cuestión del pensamiento constituye un tema que no se mira igual en cada postura; para una, el pensar es la actividad de la razón que parte del contacto con la realidad; por otra, sólo puede actuar válidamente el pensamiento si está alejado del mundo real. En la ética el tema es siempre la voluntad moral, pero algunos la consideran como voluntad personal y otros como voluntad social, radicándola en costumbres o tradiciones, mandatos religiosos o preceptos jurídicos, etc. Otro tanto sucede con el arte; la estética registra un gran número de problemas concretos que se refieren al tema universal de la belleza; unos la afirman como expresión pura y otros como predicación conceptual; para éstos se funda en el pensamiento, y para aquéllos, en la intuición.

Cada problema contiene una modalidad peculiar del tema que le corresponde. El porqué de la variedad problemática frente a la uniformidad temática lleva a la conclusión de que el hombre tiene la inquietud vital como resorte problemático que da origen a la evolución de la cultura, arriesgando planteamientos que dependen del momento histórico y el lugar donde aparece, así como las circunstancias que rodean la vida de un pensador. Éste es el factor de concreción que revierte la forma general del tema a la diversidad de problemas que derivan de él.

Por otra parte, un problema es algo que admite, y aun exige, una solución. El tema, en cambio, es un sí mismo insoluble. No tiene sentido hablar de un problema sin solución. El hecho de morir —por ejemplo— no constituye

ningún problema, puesto que no hay forma de evitarlo. En cambio, la vida misma es un problema, puesto que la podemos modificar o encauzar por otro camino, y aun suprimirla, cuando se la considera como solución. De aquí surge el proceso evolutivo que en forma general nace del problema y termina en su explicación. Entre un punto y otro, entre el principio y el fin del proceso, hay todo un mundo de pensamientos, ideas, hipótesis, etc., que se sitúan en el *camino* que los unifica, puesto que todos en conjunto tienden a un mismo objetivo, resolver la incógnita. El concepto de "camino" se constituye como fundamental en el pensar; el "camino" es la forma general de avanzar, partiendo del punto inicial al final, o lo que equivale, del problema a la solución. Este camino es el *método*.

El tercer concepto fundamental deriva del vínculo que los momentos integrantes de la investigación adquieren en virtud del método; dicho vínculo se traduce en *unidad*, con la cual entendemos no sólo la unidad de cada problema en concreto, sino la del conjunto de problemas que forman una disciplina filosófica, y aún más, la del conjunto de disciplinas que constituyen un sistema. El que pueda hablarse de *una* doctrina y de *un* sistema en la gran variedad problemática que los integra, se debe a la rigurosa unidad que da sentido y configura el perfil inconfundible del contexto doctrinario, exponiendo el síntoma de una personalidad, de una época, de un lugar determinado y de un momento histórico preciso, todo lo cual sería incongruente de no existir la unidad. Consecuencia directa: la filosofía se integra en sistemas, que representan la función orgánica y armónica en una pluralidad de elementos, de acuerdo con el sentido unitario que define la idea. Y al tratar del sistema llegamos a la cuestión originaria de mostrar en cada doctrina de significación una idea básica a cuyo alrededor se integra un cuerpo de principios y conclusiones. La constatación de esta idea arroja una definitiva norma para la investigación filosófica, cuyo efecto se acopla al deseo de revelar el aspecto sistemático de cada doctrina, destacando a la unidad como clave de su estructura.

Esta conclusión se aplica al saber en general, puesto que toda ciencia contiene, como elementos: temas, problemas, método y sistema. Todos se construyen en torno a la idea. Se concluye de ahí el tan debatido carácter científico de la filosofía, que creemos ya no se puede negar. Y tal vez resulte oportuno acudir a algún ejemplo de la ciencia para verificar la significación de dichos elementos. Veamos, pues, un caso concreto en ella.

El investigador de la ciencia natural tiene frente de sí un tema: ¿Qué es la naturaleza? El tema pertenece a las ciencias naturales y, sin embargo, en cada una de sus ramas cambian el problema, el método y el sistema de investigación. Si se estudia un fenómeno, como es la dilatación de los cuerpos, la ciencia que lo aborde será la física, el problema consistirá en la variación que sufren las dimensiones del cuerpo al cambiar su temperatura, el método

estará dado por la serie de experiencias que registran el fenómeno y verifican su solución, y el sistema será el conjunto de experimentos, hipótesis, leyes, principios, conclusiones, etc., que corresponden a toda la ciencia física, y aún más, al conjunto de las ciencias naturales.

Volvamos ahora a lo filosófico. Hemos distinguido cuatro conceptos básicos; el *tema*, general a toda filosofía; el *problema*, o sea la forma específica de plantear un tema; el *método* consiste en el camino para resolverlo; y el *sistema*, que logra la reunión de los pensamientos en un solo cuerpo de doctrina.

La claridad y distinción con que se miren dichos conceptos será definitiva para el filosofar. Por ello es conveniente detenerse un poco en ellos.

La estructura de la filosofía muestra una serie de problemas que evolucionan históricamente y desarrollan sus temas fundamentales. Dichos temas constituyen el enlace que mantiene la continuidad evolutiva en la diversidad histórica de los sistemas. La temática concreta es el problema, y éste, a su vez, da origen a la disciplina filosófica que lo estudia. Cada sistema consta de varias disciplinas; no hay un acuerdo unánime sobre cuáles deban de ser las ramas del filosofar, mas puede asegurarse que, en primer término, están las llamadas "disciplinas filosóficas fundamentales", que por regla general se admiten en cada sistema.

Como preámbulo a su tratamiento cabe indicar su origen en la cultura griega. La peculiaridad objetiva de la filosofía destaca en la conciencia de una tarea específica, distinta del saber particular, que desemboca en la especialización de varias disciplinas, superando el carácter rudimentario que imperó todavía al comienzo del pensamiento griego; cuando el "filósofo" buscaba la "esencia del mundo" y comentaba su reflexión como el afán de saber o, cuando mucho, la posesión de una forma general de sabiduría. El nacimiento de las disciplinas filosóficas se llevó a cabo empíricamente y así continuó durante algún tiempo. En la Edad Media, al amparo del formalismo que la distingue, se plantea abiertamente la cuestión de su independencia, tomando cada una el criterio de su respectivo objeto. Pero sólo hasta la época moderna se les incorpora a un sistema, y recíprocamente, se define al sistema como resultante de sus disciplinas, con el concepto de unidad y método que ellos implican.

La primera fue la *ontología*, en tanto referencia al *ser en sí*. El problema con el cual debuta el pensamiento filosófico tiene implícita a la ontología en calidad de tratamiento general del ser. En otras palabras, la filosofía principió siendo ontología. Posteriormente se fueron descubriendo diversos temas concretos y el filosofar comprendió varias disciplinas; cada una viene a ser una "ontología" del problema que la ocupa. Su sentido como teoría general del ser se ha mantenido incólume hasta la fecha.

Otro tanto puede sostenerse de la metafísica que —a distinción de la ontología— representaría más bien el tratado del ser de la naturaleza. El

origen del nombre, accidental y coincidente, tiene, sin embargo, la función de la metafísica como un ir "más allá de la física", concordando con la disposición de los libros aristotélicos, donde la *primera filosofía* o filosofía fundamental se colocó después de la *física*; fue posterioridad la teoría trascendente de la naturaleza. El significado original de la metafísica se ha extendido a cualquier reflexión de carácter generalizador. Por ello se postulan, análogamente a la ontología, diversos tipos de metafísica; entre ellos pueden contarse, por ejemplo, la "metafísica de la moral", la "metafísica del arte" que, junto a la "metafísica de la naturaleza", integran una suma de las disciplinas filosóficas fundamentales. Con este sentido, hablar de metafísica es hablar de ontología, lo cual, a su vez, equivale a referirse a la filosofía misma, aunque en algunas posturas se hagan diferenciaciones con objeto de adaptar la cuestión esencial a la estructura específica del sistema.

Entre los griegos se incubó también la lógica como ciencia de "logos" o tratado del "discurso". La lógica ha llegado a convertirse en teoría del conocimiento; con un criterio moderno, considérasela como fundamento autónomo de la razón o doctrina objetiva del pensamiento. También, y de igual modo, la lógica es la disciplina que expone el aspecto esencial del conocer en la verificación de la verdad, con el establecimiento de la ley que fundamenta la esencia y formas del conocimiento. Que se conozca originalmente como un "tratado del discurso" puede explicárselo el sentido del vocablo *logos*. Pero en su evolución ha llegado a un lugar muy apartado del inicial, manteniendo el nombre como un elemento de enlace entre las posturas y momentos que, por lo demás, han de ser lo suficientemente distintos para revelar su peculiaridad doctrinal y sistemática.

Otra disciplina es la que tiene por tarea determinar lo bueno y malo de la conducta: la ética, que define el sentido y valor de la actividad consciente, donde se origina la conducta moral. Tradicionalmente se ha ocupado la ética de la práctica y ejercicio de las costumbres; al principio fue una reseña de la moral consuetudinaria, y con recomendaciones para mejor realizar la bondad. Mas su papel actual es bien distinto, o mejor dicho, más elaborado, ya que hoy trata el problema con un criterio científico, relacionándolo íntimamente con la sociología, la política, el derecho, la psicología, la pedagogía, la religión y otros aspectos de la vida que también se refieren a la moralidad, porque atañen objetivamente a la conducta. Así, pues, la cuarta rama de la filosofía es la ética, definida como teoría general de la moralidad.

A las cuatro anteriores (ontología, metafísica, lógica, ética) se agrega una quinta disciplina: la estética. Etimológicamente, "estética" significa "teoría de la representación"; se da este nombre a la teoría del arte, así como la lógica lo es del pensamiento, la ética, del acto moral, la metafísica, del ser de la naturaleza, y la ontología, del ser en general.

La estética no fue reconocida desde un principio como rama indepen-

diente, aunque se escribieron tratados sobre temas de arte, principalmente "retórica", para señalar lo bello de la expresión lingüística. En la época moderna la estética se convirtió en disciplina autónoma y pudo figurar airoosamente junto a las otras, abordando con el mismo rigor el tratamiento de su problema específico: la belleza del arte.

Además de estas cinco disciplinas filosóficas fundamentales (ontología, metafísica, lógica, ética, estética), se reconoce *la filosofía de la religión*, que trata de encontrar el fondo común de las religiones; *la filosofía de la historia*, que se propone averiguar las leyes que determinan el acontecer histórico, y otras más que no se aceptan unánimemente como válidas.

En la actualidad ha evolucionado una nueva ciencia que mantiene relación estrecha con la filosofía, al grado que para algunos forma unidad con ella. Se trata de la *antropología*; etimológica y antonomásicamente, es la "ciencia del hombre". Quiere obtener un concepto del ser humano y para llevarlo a cabo investiga el mayor número de datos en la vida de la humanidad, aunque de hecho se limita muchas veces a estudiarla en las huellas de su primitiva historia. Lo cierto es que la antropología va más allá del aspecto histórico —pretérito— del hombre e incluye también su realidad actual; éste se puede iluminar desde varios ángulos, dando marcha a tantas ciencias que se refieren a lo humano. Ninguna de ellas es en concreto la antropología; ésta se justifica como *lógica o metodología* de las ciencias que ven al hombre con un criterio particular. Pretende llegar así al anhelado concepto integral del ser humano. De esta forma se erige, por esencial, la filosofía moderna como una auténtica filosofía del hombre.

Concluimos que cada tema de la filosofía es objeto de una serie de reflexiones que se estructuran en un sistema; éste puede ser definido como la organización de un conjunto de reflexiones que se agrupan en torno a un principio común. Como es de suponer, la historia filosófica presenta tantos sistemas como doctrinas se han producido, figurando desde las teorías antagónicas y contradictorias entre sí, hasta las homogéneas que se distinguen por una mera cuestión de detalle. Todos los sistemas recogen la idea general de la cultura humana, que tiende a penetrar el sentido y valor de la existencia.

Ahora bien, frente al nutrido panorama de doctrinas se plantea la necesidad de clasificar y exponer las más importantes. Para un novel lector de la filosofía hay en ello dos peligros. El primero es la prematura influencia que puede ejercer en él algún sistema, creyendo que es el único posible o quizá el mejor de todos; el segundo es lo contrario, valga decir, que cualquier sistema le parezca igual y no llegue a aceptar ninguno, pues con ello no aceptará al filosofar mismo.

Cuando hablamos de sistemas filosóficos, por una parte, y del filosofar, por la otra, consideramos el hecho de captar las doctrinas que se han dado y representan al pensamiento universal, para distinguirlas del acto mismo, que

tiende a aplicar el conocimiento anteriormente logrado al caso individual del sujeto que reflexiona. Esto reporta que la misión filosófica no consiste exclusivamente en brindar teorías eruditas, sino también en fomentarla objetivamente. El significado que tiene el *filosofar* frente a la *filosofía*, permite la formación auténtica del individuo en la tendencia a convertirlo en partícipe de la actividad filosofante. Desde luego, no es de suponer en cada hombre un filósofo creador, pero una dirección correcta en el estudio de los sistemas ha de influir radicalmente en la formación de una idea orientadora, y para ello deben prevenirse las dos clases de error que hemos indicado. El justo medio puede ser la idea general de que la filosofía trata, cada vez mejor, de una cierta cuestión universal que no puede resolver definitivamente y que, sin embargo, no dejará de plantear jamás; ella estima, con justicia, el rendimiento de cada doctrina, con su propio método y frente a sus respectivos problemas, formando una imagen correcta de lo que puede significar en la vida personal. La tantas veces requerida "introducción a la filosofía" ha de ser así y no de otro modo.

Con este criterio podemos clasificar a los sistemas en cuatro grandes direcciones, que corresponden al desarrollo de los máximos temas filosóficos: *la realidad, las ideas, la cultura y la vida*. La filosofía de la realidad se llama *realismo*; la teoría de las ideas se denomina *idealismo*, y tanto la *filosofía de la cultura* como la *filosofía de la vida*, se conocen precisamente bajo tal denominación; esta última también como *vitalismo*.

Las cuatro grandes direcciones de la filosofía tienen por tarea común el ocuparse de un objeto concreto que puede ser cualquiera de los que hemos indicado. Hay, además, otro tipo de filosofía que no se proyecta sobre un objeto particular, sino que toma por objeto a la filosofía misma. A diferencia del camino que siguen las primeras direcciones, se construye una vertiente que encara a la filosofía misma; su problema consiste en exponer cuál es el sentido íntimo del filosofar. Ello se plantearía en la siguiente pregunta: ¿Qué es y cómo se desarrolla la filosofía?

Que una tal cuestión sea procedente, compruébase en que ahora nos referimos a la filosofía sin que nuestra meditación constituya en sí una filosofía de la realidad, de las ideas, de la cultura o de la vida; es una especie de *filosofía de la filosofía*, es decir, una reflexión que acomete el sentido metódico del filosofar. Y con ello localizamos el quinto de sus grandes temas, el *método*, que corresponde a una dirección de capital importancia; referida a la filosofía misma, da origen al *filosofar metódico*, en el cual se eleva el pensamiento a la más alta y sublime esfera de la especulación racional.

Con lo dicho podemos tener, de fijo, cinco grandes temas filosóficos; cuatro de carácter concreto y uno metódico. El hecho de que cada uno de ellos motive la correspondiente escuela lleva a clasificar los sistemas filosóficos en cinco grandes direcciones: I) Filosofía de la realidad. II) Filosofía de las

ideas. III) Filosofía de la cultura. IV) Filosofía de la vida. V) Filosofía del método.

Este ensayo clasificatorio es un criterio para desenmarañar el *factum* histórico de la filosofía. No constituye el único posible, pero brinda una magnífica oportunidad para explorar la selva doctrinaria, desde la cumbre que forman estas cinco grandes direcciones sistemáticas que, sin duda, encarnan todo lo importante y significativo de la filosofía.

Ahora bien, los temas filosóficos (realidad, ideas, cultura, vida y método) guardan una función dialéctica que justifica la diversidad del pensamiento concreto. En un principio la tarea del filósofo pretendió explicar a la realidad, dando origen al realismo; pero esa explicación consiste en un conjunto de ideas y por ello a la teoría de la realidad acompaña una teoría de las ideas, cuya consideración originó al idealismo. Y puesto que el conocimiento es parte de la cultura, la cual comprende otras formas (arte, moralidad, religión, etc.), el marco del filosofar vióse notablemente ensanchado cuando su problema se estatuyó en torno a un objeto más amplio y fecundo: el hecho cultural. De ahí surgió la filosofía de la cultura. A partir de ella ha evolucionado una dirección que pretende superarla, coimplicando un estrato más amplio que la actividad cultural misma: la vida del hombre. Por último, se ha formado una dirección que pretende abarcar a toda la filosofía; quiere explicarla desde un ángulo distinto por el cual domine, con un juicio supremo, la integridad del campo filosófico. Tal es la filosofía del método, que indudablemente constituye la dirección más significativa y compleja del filosofar.

El camino que recorre la filosofía al realizarse, es el método; tiene su punto de partida en el problema; la meta es la solución que cada postura da a la cuestión genérica del filosofar.

La pregunta inicial era ésta: ¿Qué es el ser? Y de ella derivó esta otra: ¿Cómo se llega al conocimiento del ser? De acuerdo con la respuesta a la primera es el tipo de sistema filosófico; de la segunda depende la clase del método. La reunión de sistema y método se traduce en la denominación de la doctrina, que se forma con una especie de "nombre" y "apellido". El "nombre" da el carácter del sistema, con respecto a la idea que tiene del ser, mientras que el "apellido" corresponde a la naturaleza del método.

Examinemos superficialmente algunas posturas para ver el origen y significado de su denominación. Por ejemplo, cuando se opina que el ser es materia, se tiene un *materialismo*. En cambio, si se afirma que el ser es determinado en función de la idea y que ésta adquiere prioridad, se produce el *idealismo*. Cuando figura como concepto fundamental el ser de la realidad, se constituye el *realismo*. Si el filosofar llega al mundo de los valores culturales, se determina la *axiología*. Si el objeto y fin de la reflexión se encuentra en Dios, tendrá cabida el sistema de la *teología*.

Cada postura tiene divisiones o clases de acuerdo con el método que

emplea. Del materialismo derivan el *materialismo dialéctico* o el *materialismo metafísico*; del realismo se obtiene el *realismo crítico* o el *realismo ingenuo*; del idealismo, el *idealismo trascendental* o el *idealismo psicologista*; de la axiología pueden mencionarse la *axiología crítica* o la *axiología vitalista*. Hemos citado, deliberadamente, sólo dos posturas en cada dirección. Su correspondiente, significado, junto con otros, debe ser motivo de un detenido examen. Concluimos que este “nombre” y “apellido” de la filosofía bastan para caracterizar el sistema a que pertenece y clasificarlo convenientemente. El dato que evidencia el fondo general del sistema es su denominación; captándolo nítidamente se podrá otear más fácilmente en la nube de pensamientos que forman la filosofía.

Probablemente este hecho suscite una pregunta: ¿Por qué hay muchas soluciones para un solo problema? Y con ello se toca la más importante cuestión de la teoría filosófica, que involucra al mismo tiempo la filosofía del método. La respuesta que procede tiene dos aspectos. El primero consiste en que el filósofo no escapa a la posibilidad, muy humana, del error; o cuando menos, de mirar sólo un ángulo de un problema tan complejo como el suyo. El intento de llegar a la verdad definitiva —intento igualmente humano— le ha llevado con frecuencia a extender el pensamiento más allá del legítimo campo de acción que le corresponde. Por lo demás, este hecho no es exclusivamente filosófico; también el hombre de ciencia, el moralista, el religioso, etc., se han precipitado y aun extralimitado en el loable afán de poseer y enunciar su propia verdad.

El otro aspecto se refiere a la variedad de doctrinas filosóficas, como un reflejo de la variedad temática que emana del ser —el ser es todo lo que es— y de los problemas a que la filosofía da lugar. En tal sentido puede tener razón el materialismo cuando predica que el ser es la materia, el idealismo al afirmar el ser de la idea, o la axiología al sostener la vigencia del valor cultural. Ahora bien, la cuestión que más preocupa al avanzar internamente en la filosofía, es el descubrimiento esencial de cada postura, revelando en ella la razón de su existencia, o lo que equivale, el motivo por el cual fue formulada, manteniéndola como parte del engranaje clásico de la tradición. Es común resaltar determinado sistema y rechazar a los demás o, por el contrario, no llegar a conclusión alguna, creyendo que el pensamiento evade el testimonio objetivo que se le requiere. Gran interés tiene ver hasta qué punto la mayor parte de los autores han sufrido una lamentable impermeabilidad para las ideas ajenas; no sería remoto afirmar que semejante incomprensión ha motivado que una temática fija concluyera en tantas hipótesis que, lejos de haber admitido una meta, se caracterizan por un estéril antagonismo que repercutió desfavorablemente en el desarrollo y el crédito de la filosofía. Tal parece que apenas en la época moderna se ha intentado una labor de comprensión historiográfica que justifique la realidad funcional de los sistemas,

mostrando el objeto y la validez de sus tesis, y relacionando el conjunto de circunstancias concretas que hay en cada época, de las cuales no escapa la filosofía, como tampoco ningún elemento cultural significativo.

La preocupación que se impone vigorosamente desde el primer momento es llegar al concepto general de filosofía y obtener la directriz que permita interpretar sus obras, prosiguiendo en el sentido de la exposición textual para llegar finalmente al significado que dentro de ella tienen sus respectivas tesis.

Por último, señalemos como factor de la variedad doctrinaria —así como también de lo que podríamos llamar el “error” filosófico— un determinante que proviene de extender el pensamiento allende sus verdaderos límites. La tendencia humana, casi inevitable, al descubrir tal o cual principio que corresponde a un problema singular, es abarcar más allá del territorio perteneciente a su objeto, produciendo una heteronomía que, en el mejor de los casos, desemboca en la alteración del problema, y en el peor, en la confusión y la incompreensión histórica. Por ello, en la estructura filosófica se presentan dos aspectos de carácter metódico; el primero es aquel donde se logra una justipreciación de la idea directriz, con la consecuencia que tiene ésta en su desarrollo; el segundo es la extensión ilegítima de una tesis al campo que no le corresponde, con el desvío inherente a la confusión heterónoma. Esto no parecería un hecho real si no fuera porque a cada paso se da un gran número de ejemplos que lo comprueban. Para no ir demasiado lejos en este punto, que sirve como criterio y guía para la comprensión de los sistemas, indicaremos otro hecho que se conecta directamente con aquél. Los pensadores especializados en determinada materia no se conforman con explorarla, sino que armados con el principio en ella descubierto, intentan la invasión de una propiedad ajena para imponerle arbitrariamente la extraña ley. Así es como el matemático quiere explicarlo todo matemáticamente; o como el naturalista pretende que toda la realidad se adapte a leyes de la causalidad; o bien como el religioso insiste en dar un matiz de religión a toda la existencia, etc. Y aunque no es de negar que cada actividad espiritual contiene su propio valor, la falta de conciencia limitativa origina esta desviación que repercute en el estéril antagonismo de las doctrinas filosóficas.

Repetimos que este hecho se ha dado con abundancia. Sin insistir en el punto, limitémonos a indicar los dos factores que determinan su estructura: el desarrollo del filosofar en su propio límite y la invasión de problemas ajenos. Aquí se da el criterio metódico de la “autonomía” y su desviación o contrapolo, la “heteronomía”. *Autonomía* es la correcta aplicación de una ley en el ámbito que le corresponde: *heteronomía* es la invasión de un campo distinto, con ley ajena a él mismo. De todo ello vemos que la diversidad filosófica es explicable, en gran medida, por la acción del factor metódico que realiza la autonomía o la heteronomía. De modo general, la heteronomía debe considerarse como un error.

La estructura filosófica incluye una mezcla de acierto y error, de autonomía y heteronomía. El error se manifiesta en deficiencias, contradicciones, ligerezas, prejuicios, etc. La autonomía, a su vez, presenta dos aspectos; el primero es la congruencia interna del sistema filosófico respecto al método y al problema, logrando la adaptación que integra el conjunto de pensamientos en una estructura; el segundo promueve el desarrollo de la filosofía en dos sentidos, uno sintético o funcional, y otro analítico o formal. De este modo, una doctrina, a pesar de ir acorde con el principio de otra y aceptar una comunidad temática, llega a desarrollarse por un camino distinto, interesándole a una la parte analítica de la investigación y a la otra, la parte sintética. Hay sistemas que pertenecen a un mismo tronco, pero se bifurcan por las direcciones sintética y analítica. En el primer caso, el sistema es funcional o dialéctico, mientras que en el segundo es formal o esquemático.

Concluiremos, pues, que la estructura filosófica contiene una abigarrada multiplicidad de tesis que pueden desconcertar a primera vista, pero en el fondo son explicables de acuerdo con los factores que hemos señalado.

Relacionando los conceptos fundamentales del filosofar: *temas, problemas, método y sistema*, llegamos a una idea de la filosofía que es punto de partida para la incursión en el mundo de los textos clásicos. El filosofar se integra en distintas direcciones y a través de una variedad de sistemas, escuelas, períodos y teorías; la evolución filosófica se deja influir por la evolución histórica. Por ello es que la multiplicidad de direcciones tiene un vértice común: la universalidad del filosofar.

Sin embargo, sabemos que ningún conocimiento puede considerarse como absolutamente universal. Un conocimiento de este tipo sería aquel que explicara, en forma exhaustiva, el conjunto de todos los objetos, reales e ideales, presentes, pasados o futuros. Conocimiento de tal magnitud no se ha dado aún, ni vemos cómo pudiera darse algún día.

¿Qué es, entonces, la universalidad del conocimiento filosófico? Es una universalidad relativa, es decir, la universalidad sujeta a restricciones, a pesar de lo cual es una base firme para fundar el concepto de filosofía, entendida como conocimiento universal, o mejor dicho, universalizante. La relativa universalidad del pensamiento filosófico tiene dos aspectos que la justifican. Uno es la limitación del objeto, que corresponde no sólo al filosofar, sino a todo hecho histórico en general. Otro es la gran extensión lógica del objeto mismo, pues aunque su conocimiento no sea absolutamente universal, es sin duda el más general del pensamiento humano.

Llegamos entonces a una conclusión como ésta: la filosofía se ocupa del objeto más amplio que existe. Pero tal objeto, precisamente por su extensión, no debe ser confuso, sino preciso, limitado; la base de la reflexión filosófica y de su crítica o hermenéutica es elegir y limitar adecuadamente al objeto.

¿Cuál es este objeto de la filosofía? Si tuviéramos que contestar en una

sola frase, diríamos: el objeto de la filosofía es obtener el fundamento general de todo lo que existe. Pero entonces surge otra cuestión: ¿Y qué es lo que existe? Ante esta pregunta, un tanto embarazosa, revistaríamos los problemas que le han preocupado desde la antigüedad y por tesis concluyente resultaría viable formular una proposición: existen las cosas del mundo que nos rodea; existen las ideas por las cuales se origina el conocimiento; existe la cultura; existe nuestro espíritu que vive y se agita en constante actividad; existe la filosofía por la cual nos damos cuenta suprema de todo lo que existe.

La proposición misma constituye una síntesis de las respuestas que han dado los filósofos en el curso del tiempo. Hemos contestado por todos ellos reuniendo en una sola expresión los cinco grandes temas que han acupado al filosofar y que evolucionan en otras tantas direcciones: Realismo, Idealismo, Filosofía de la Cultura, Filosofía de la Vida y Filosofía del Método. Corresponden a las cuatro regiones de la existencia: la realidad, las ideas, la cultura, la vida humana. Su común denominador es el método del pensar. Este dato es fundamental para el enfoque preliminar de la filosofía a que hicimos referencia en un principio.

MIGUEL BUENO